

Desamor, música e identidades trigonométricas

Jackeline Loaiza Monsalve

Estudiante de noveno semestre de la Licenciatura en Español e Inglés. Le gusta escuchar música mientras camina, leer literatura universal, en especial japonesa, disfrutar del cine y de la vida en general. Además, le gusta enseñar, ver reír a sus estudiantes y escribir sobre lo cotidiano.

Suena el timbre, la profesora entra al salón y camina, como siempre, medio renga y firme como un sargento. Sostiene en sus brazos todos los exámenes que les propiciarán ataques de ansiedad y mordidas de lápiz. Aprovechas para acomodarte en el espaldar de esa silla a punto de colapsar de tanto balancearte en ella y, para añadir suspenso a las identidades trigonométricas a punto de resolver, ves las nubes grises que anuncian un aguacero tenebroso. Escuchas nuevamente la voz de sargento de la profesora Magnolia: –Ya pueden empezar–, das vuelta al examen y recuerdas que vas mal en la materia. Las imágenes de los beneficios negados pasan por tu mente: adiós salidas, adiós dinero, adiós buen promedio, debido a aquellos números que te han atormentado desde primero de primaria. Pero, sabes que este debe ser sí o sí, un triunfo.

Justo cuando la determinación te invade desde la mente hasta la punta del lápiz, piensas: –¿cómo puedo concentrarme después de lo que pasó?–. Sí, ayer, cuando corrías con el atardecer ardiendo en tu rostro, con el peso de tu bajo en tu espalda, cuando corrías a ensayar, a tocar... Mientras imaginabas el sonido del bajo rugiendo en tu mente, escuchabas a Alejandro tocar la batería con locura; a tu mejor amiga, Eli, tocar la guitarra líder y a tu mejor amigo, Camilo, tocar la guitarra rítmica. Lo hacían sincronizados, felices y sentían ese fresquito que trae el no tener más preocupaciones que un examen y una banda de rock. En aquel crepúsculo *Something* de The Beatles sonaba mejor que nunca en sus voces.

Sin embargo, en la juventud el corazón suele perderse en las manos del desencanto. Como cuando viste a Alejo besando a tu mejor amiga de la misma manera que lo hace contigo cada tarde al salir del colegio. Al verlos, recordaste cómo Eli te juró lealtad mientras comían mango biche con sal, de ese que destiempla los dientes, en ese patiecito que hay detrás del colegio. Quisieras no haberlos visto, y piensas por qué ese día ibas más temprano de lo normal. Pero, cómo no ibas a llegar rápido si corrías de la emoción, pues el fin de semana tocarían frente a mucha gente. No obstante, esa escena mató tu entusiasmo: querías volver tu Gibson Les Paul un arma letal. Dijiste entre dientes: –Mejor matarlos con la indiferencia, mejor uso las palabras y las vuelvo filosas–.

Entonces, decidiste esconderte y esperar. Mientras llorabas recordabas los acordes de aquella canción que Alejo dijo que nunca le gustaría que le dedicaran. La habías tocado para un evento hace mucho tiempo: “Just be friends, all we gotta do” decía. La ensayaste un rato en tu mente, unos diez minutos después fuiste hacia donde estaban. Tu mejor amigo todavía no aparecía. Aprovechaste y le dijiste a Alejo: «Tengo una canción para dedicarte al final del ensayo, a solas». Ni miraste a aquella chica que había sido tu mejor amiga tantos años. Camilo al fin llegó, muy apurado y saludaba enérgicamente, calló al sentir el aura de incomodidad.

Ensayaste aguantando las lágrimas con furia, y nadie dijo nada; a veces suele presentirse un acontecimiento desagradable. El ensayo acabó luego de dos horas. Te despediste: –Suerte, muchachos, nos vemos–. No miraste a Eli, y a tu amigo lo miraste con compasión, pues no entendía el ambiente incómodo, y le dijiste con ternura: –Cuídate, Cami–. Partieron, y Alejo olvidó lo que le dijiste, la canción que querías tocar para él. Al llegar a casa, de inmediato, agarraste tu bajo, cogiste el teléfono, lo llamaste, y solo dijiste: –aquí va lo prometido–. Tocaste *Just be Friends* y colgaste sin despedirte.

Como un *tapping* desastroso, la voz de la profesora Magnolia atravesó tus oídos al decir: –¡Se acabó el tiempo!–. Frenética, empezaste a revisar ese examen medio hecho que debías pasar. Hiciste siete puntos de diez, lo justo para ganar. Entonces, con una mirada de pena, le entregaste el examen a tu profesora. Al final, y de camino a tu puesto, te dijiste entre confundida y aliviada: –ya no hay vuelta atrás, el drama terminó–.